

EL LABERINTO DEL IRIS

~

DAVID GASCÓN







Primera Edición - Abril 2024

Revisión: Rosa Cabrejas, Ricardo Díez, Marta Ignacio
Maquetación: Luis López

© Letras del Caos S.L.
© Texto: David Gascón
© Fotografías Portada / Contraportada: David Gascón

ISBN: 978-84-128490-0-4
Depósito Legal: Z-547-2024
ISNI: 0000 0005 1423 7612
Ref. Catálogo: LDC-001

Impreso en España.

LETRAS DEL CAOS S.L.
Apartado de Correos 14036
50009, Zaragoza (SPAIN)
<https://letrasdelcaos.com>
contacto@letrasdelcaos.com

A mi amigo Antonio Escobotado, allá donde esté.

— | —

— | —

Ojalá Dominik me haya escrito a mí y no yo a él.
DG

— | —

— | —

I

Desde el avión el mar siempre parece estar en calma. Un manto metálico, negro, inconsútil, reflejaba el sol como lo hacen las escamas de los peces. A esa altura el mar ya no es azul, ni profundo, ni salado. El mar ya no es mar, pero yo tampoco soy yo. Un hombre se hace pequeño asomado a una ventanilla a diez mil metros de altura. Pensaba esto mientras jugueteaba con una pastilla para dormir que tenía entre los dedos y esperaba a que me trajeran otra copa. Estaba cansado.

Entré al pequeño cubículo del lavabo y miré a los ojos, durante un largo rato, a ese tipo que trabaja para mí y que insolente me miraba desde el espejo. «¿Quién eres tú?», le dije. «Yo soy yo. Yo soy yo», respondió. Recordaba hacerme esa pregunta desde que era un niño y siempre respondía lo mismo: «Yo soy yo. Yo soy yo». Así lo hacía una y otra vez, hasta que aquella pregunta y aquella respuesta perdían completamente el sentido. Entonces me acercaba aún más al espejo y cuando mis ojos tenían un primer plano de sí mismos, me dejaba caer por el laberinto del iris y me perdía por cada una de sus miles de hebras durante un tiempo indeterminado.

Dicen que el alma se puede ver si miras bien a través de sus filamentos, tal vez fuera cierto. Mientras estaba con estas cavilaciones, la pastilla comenzó a hacerme efecto y pensé que sería mejor salir de allí cuanto antes, y disfrutar del sopor en el asiento mientras apuraba el tercer trago que había pedido después de la cena. Como casi nunca viajo en clase ejecutiva, siempre que puedo, aprovecho la ocasión e intento esquilmar la licorería de a bordo en la mayor medida posible. En parte brindando por todos los pasajeros que viajan en turista —incluyéndome a mí mañana mismo—, soportando vejaciones de espacio claustrofóbico, comida inmunda y frío, mucho frío. Siempre he pensado que la tripulación de a bordo pone el aire acondicionado al máximo, con la finalidad de helar al pasaje y de que esté obligado a ovillarse con la manta en el asiento, y así no moverse ni pedir nada en todo el trayecto.

Ya tumbado, comencé a pensar que frágiles somos las personas ante los recuerdos, y como de estos tan fácilmente saltamos a la nostalgia y, de ahí, a la tristeza y nos deshacemos por dentro, porque remover ascuas es iniciar un baile de pavesas. Y detrás de éstas vienen las llamas e incendian de nuevo lo que parecía ya totalmente calcinado. Siempre hay hueco para cenizas nuevas.

Me desperté cuando comenzaban a servir el desayuno. Mi vecino del ala opuesta había subido la persiana de la ventanilla, y un torrente de luz líquida atravesaba todo el avión de lado a lado e iba a parar justo a mi cara. El martirio duró poco porque, al comenzar el descenso, el avión pasó por una bancada de nubes e, inmediatamente, se oscureció la cabina. En las ventanillas comenzó a formarse un lagrimeo de gotas de agua, que serpenteaban por el cristal en trayectorias capri-

chosas. Era como si el trazo de una gota poco sirviera para la siguiente, que prefiriera tomar su propio camino. En estos momentos, uno se torna contemplativo y se deja arrastrar y, por un segundo, llegué a pensar que el destino último del ser humano fuera ver el lagrimeo de las gotas de agua cayendo por el cristal de una ventana.

Cuando comencé a despejarme, me di cuenta de que hacía más de veinte horas que no tomaba café y la cabeza había empezado a dolerme. Me niego a beber café en los aeropuertos y en los aviones. Es pura basura. Agua sucia de fregar. Si me hubieran dicho que aquello era en realidad el agua del cubo de escurrir la fregona, lo hubiera creído. «Vamos Dominik, una taza de café decente y te sentirás mucho mejor, eso es todo». El primer café de la mañana es lo único que hace que el mundo siga girando, lo que hace que no haya una nueva guerra mundial, es lo que hace que no nos hayamos extinguido aún como especie. Hay que proteger las plantaciones de café por encima de las vacunas.

Todos los vuelos transoceánicos llegan a Madrid o Barcelona, por lo que siempre me toca ir a la estación de tren y esperar un par de horas la conexión que me llevará a casa. Había reservado un billete que salía por la tarde, anticipando que el vuelo llegaría con retraso, pero esta vez llegó a su hora así que me acerqué al mostrador a ver si podía adelantar la salida. Le entregué los billetes a la chica que estaba atendiendo y me quedé mirándola. Ahí estaba ella: bien dormida, duchada, maquillada, con un moño apretado del que no se le escapaba un solo pelo. Y ahí estaba yo, sin duchar desde hacía dos días, con el pelo revuelto y escarolado, la barba hirsuta a medio salir, los ojos inyectados en sangre y unas

ojeras que parecían dos cuévanos. Le dije lo que quería y comenzó a teclear. Tecleaba rápida, tecleaba ufana, tecleaba mucho. Momento hubo en que pensé que estaba escribiendo un email a alguna amiga. Finalmente me dio el billete de un tren que salía en una hora, tras abonar el religioso recargo, claro. «Aquí tiene Sr. Gothier». Me gustaba cuando alguien me llamaba por mi apellido en situaciones normales, fuera de donde lo solía oír: en una consulta médica, en una notaría, en un juzgado...

La última espera en la estación de trenes pasó lenta. La multitud, las voces, toda aquella barahúnda me fatigaba. La luz blanca de los focos me hería los ojos y, poco a poco, comencé a sentir que me licuaba como un trozo de pan en sopa caliente. Finalmente, resolví la situación poniéndome las gafas de sol y los auriculares con música bien alta, así pude crear una campana invisible que me aislababa de todo aquello. Cuando por fin anunciaron la vía desde la cual saldría el tren, apareció de la nada una recua de pasajeros formando una fila transversal perfecta que cruzaba la estación de un extremo a otro, como intentando molestar lo máximo posible al resto de las personas que se dirigían a sus puertas de embarque. A la gente le encanta hacer cola. Ir rápidamente al final y situarse, entonces sacar la cabeza y mirar al comienzo a ver si avanza. No hay nada en esta vida que merezca la pena, que se consiga haciendo una fila. Prefiero entrar el último al tren, que estar media hora en la fila esperando a que abran el embarque. Prefiero ver el concierto desde la última fila, que hacer la cola de tres horas antes de la apertura de puertas. Incluso prefiero ir al infierno, antes que tener que pedir la vez en la fila de almas que esperan a la entrada del cielo.

Cuando el tren salió de la estación, se divisaba una cerrazón en el horizonte. La grisura de un cielo plomizo cargado de nubes lo adumbraba todo y se hizo un silencio en el vagón, que parecía estuviéramos descendiendo a los mismísimos *ínferos*. En las colinas, a lo lejos, se abría un arcoíris tímido que no acababa de dar solidez a los colores. Parecía los enseñara con miedo. Una niña que iba con su madre le preguntó por qué no había arcoíris de colores mezclados, que siempre eran todos lisos y con las líneas iguales una detrás de otra. A la niña le hubiera gustado poder retorcer el arcoíris, como lo hacía con la crin del unicornio que tenía en el regazo. Y verdad es que razón no le faltaba a la pequeña.

Al principio de los viajes en tren, la memoria va registrando todo lo que sucede: la salida de la estación, los barrios periféricos que se dejan atrás, los perfiles de los rascacielos, los primeros túneles... Pero hay un momento en el que la memoria deja de almacenar lo que entra por los ojos, y ya sólo queda un deslizar de campos roturados, de pueblos a lo lejos de los que sólo se divisa la torre del campanario, de montes que se suceden uno tras otro. Un campo todos los campos, un pueblo todos los pueblos, un monte todos los montes.

Pegué la cabeza al cristal y dejé que el paisaje flotara sobre mis ojos como si el resto del tren no existiera. El cielo opaco parecía teñirlo todo de oscuridad y aplastaba a los viajeros contra sus asientos. De repente, vi dos puntos negros y brillantes como perlas de obsidiana. No se movían con el paisaje, sino que se mantenían estáticos flotando sobre la ventana. Era el reflejo de mis ojos, unos ojos oscuros y vidriosos que llevaban el peso de no haber dormido apenas en dos días. Y entonces volvió a suceder, en un segundo todo cambió. Allí donde ponía la vista el mundo se abría en millones

de reflejos camaleónicos y tornasoles. No era que las cosas reflejaran una luz de fuera, sino que tuvieran una luz propia que les saliera de dentro. Todo tenía ahora una piel de ópalo, donde galaxias de todos los colores aparecían y desaparecían fulgurantes a cada instante. Era como si el universo se dejara ver a través de las cosas. El asiento, mis manos, el paisaje... Todo ardía al compás de un fuego frío de colores eléctricos. Y cuando por fin estaba consiguiendo disfrutar de la inmensidad de aquel espectáculo, simplemente, desapareció. Estos episodios siempre eran azarosos y fugaces, y estaban más allá de cualquier control que pudiera tener sobre ellos. Cuando aparté la cabeza de la ventana, vi que donde había apoyado la frente se dibujaba una mancha de grasa que había dejado mi piel. Levanté el antebrazo e intenté limpiarla con la manga de la chaqueta, pero sólo conseguí extenderla aún más por el cristal y emborronarlo todo. Desistí de la idea, recliné el asiento y cerré los ojos.

Cuando el tren entró en la ciudad comenzaron a aparecer los edificios de las barriadas de la periferia. Tan iguales, tan tristes, tan sin alma... Por fin, tras treinta horas de viaje llegaba a casa. Al bajar del tren con las maletas y comenzar a recorrer el andén, me asaltó una sensación extraña, propia del viajero solitario. Uno siempre termina por pensar, aunque no sepa nadie de su llegada, que alguien irá a recibirla. Es una sensación sin sentido, pues jamás aviso a nadie de cuando llego. Pero uno termina por pensarlo, al ver como decenas de personas se agolpan al final de las escaleras mecánicas, saludando febrilmente, y regalando sus mejores sonrisas a quienes bajan del tren y que, con prisa, se dirigen hacia la salida del andén. Yo voy con calma. Nadie me espera en casa.

Mientras iba en el taxi, otra sensación que ya había vivido otras muchas veces me asaltó de nuevo. Determiné en llamarla *jamais vu* —lo nunca visto—, en contraposición al *déjà vu*. Si el *déjà vu* se refiere a volver a vivir situaciones ya vividas, el *jamais vu* lo describo como la sensación de estar viviendo por primera vez, y de forma plenamente consciente, situaciones que, en realidad, he vivido en muchas ocasiones, pero que siempre han pasado desapercibidas para mí. Parecía hubieran escapado todo el tiempo a mi conciencia... Así salió a mi paso un imponente olivo que dominaba la avenida principal. Las nervaduras de su tronco, hasta ese instante para mí inexistentes, se clavaban en mis retinas como si quisieran enraizar dentro de ellas. Más adelante, una hilera de jacarandás teñía el aire de tonos violáceos y lo proyectaba hacia el suelo pintándolo de llamas púrpuras. Las luces de neón que anunciaban la licorería del barrio eran de un azul eléctrico incandescente, completamente nuevo. En la fachada de la catedral, sobre las columnas, aparecieron dos gárgolas que miraban amenazantes a todo el que pasaba por delante. No me puedo creer que durante tantos años hubieran sido invisibles para mí y, en ese momento, detenido en un semáforo desde la parte trasera de un sucio taxi, cobraran plena existencia. Todo era nuevo, como proveniente de un mundo que siempre estuvo ahí, respirando junto al mío, pero al que me había sido completamente imposible acceder.

Dejé las maletas en la entrada y me dirigí directamente al balcón. Encendí un cigarrillo. La noche estaba deslizándose por la ciudad y con ella, un cielo encapotado de nubes que traía una promesa de tormenta. Me invadió un olor a humedad denso y espeso. Costaba respirar. Parecía salieran del asfalto y los tejados vapores ocultos, escondidos únicamente

para ser invocados los días de tormenta. Todo pasó muy rápido. Un trueno rompió la tensión del aire y, en un segundo, una gran cortina de agua se precipitó uniendo el cielo con la tierra.

La oscuridad lentamente fue invadiendo la habitación. Las maletas seguían en la entrada mirándome con aire de requerimiento, pero tendrían que esperar. Cuando uno abre las maletas, se encuentra con que la ropa guarda los olores de los hoteles y las casas en los que ha estado durante el viaje, y no hay nada como los olores para evocar el recuerdo de los momentos vividos. No quería enfrentarme a eso ahora. Estaba demasiado cansado.

Me había sentado en la poltrona, y seguía fumando con una parsimonia y una lentitud que mismamente detenía el tiempo. Encendía un cigarrillo con otro. En la oscuridad de la habitación sólo se veía un punto de luz incandescente en un bamboleo, que iba del cenicero a la boca y vuelta. Únicamente el ladrido intermitente de un perro a lo lejos, me recordaba que el mundo no se limitaba al espacio que había en aquella habitación, sino que había un horizonte que se perdía, hasta dar la vuelta sobre sí mismo, al otro lado de aquellas paredes. Me vino a la cabeza entonces aquello que dicen de que uno nunca está verdaderamente solo mientras le quede un cigarrillo. Tal vez fuera cierto. También era verdad que la pitillera estaba casi vacía.

El episodio de las luces de ópalo vivido en el tren, me recordó que algo había cambiado en mi vida en estos últimos meses. No sabía bien cómo describirlo. Simplemente sentía que mi percepción del mundo era distinta. Al principio fueron sólo las apariciones fugaces de los *jamais vu*, pero, poco a poco, esa sensación de redescubrimiento del mundo se fue

extendiendo a cualquier momento del día. Todo lo veía distinto, como esmaltado con una pátina que acendraba los rasgos de su existencia. Sé que suena estúpido, pero era así. Los colores refulgían más y se me descubrían en una paleta con millones de gradientes intermedios, que antes no era capaz de ver. Había colores nuevos en las cosas. Las formas de los objetos ahora mostraban recovecos infinitos en cada curva, en cada arista, en cada vórtice. Las superficies lisas que antes sentía al tocar como algo terso, ahora tenían texturas rugosas y electrizantes, y sentía bajo las yemas de los dedos el cosquilleo de una urdimbre que parecía mantenerlo todo unido. Los sonidos eran estructuras vivas que reverberaban libremente de un lado a otro de la habitación. Con la música la cosa iba aún más lejos. Si cerraba los ojos podía ver separadas las distintas bandas de frecuencia de las que estaba formado el sonido: los graves, los medios, los agudos... Otras veces, en esas bandas flotantes se separaban los distintos instrumentos de la canción y cada uno se situaba en un plano distinto, como si el sonido que entraba a mis oídos —hecho un todo— pudiera partirse de nuevo en tantas capas como se habían usado para componerlo. Con los olores pasaba algo parecido. Si cerraba los ojos podía ver dibujada en el aire la veta del perfume de la persona que había pasado delante de mí e incluso, en ocasiones, cuando se juntaban varios olores, podía ver cada uno de ellos con un color distinto. Esas sensaciones sinestésicas se daban sólo de vez en cuando, pero cuando lo hacían, me permitían ampliar la experiencia de la percepción hasta niveles que nunca hubiera imaginado que fueran posibles.

Pero no todo había sido un camino de rosas. He de reconocer que al principio estuve realmente confundido con lo que me estaba pasando y tuve miedo. Decenas de pensa-

mientos aprensivos se agolpaban en mi cabeza, como abejas intentando salir al mismo tiempo por la piquera. Primero decidí que era un tumor que me estaba oprimiendo el cerebro. Estaba claro. Todo el mundo tiene su tumor y yo aún no había encontrado el mío. Perfecto. Iba a morir en poco tiempo. Luego decidí que no, que no era un tumor porque, por lo demás, me encontraba bien y no tenía ningún efecto negativo en la coordinación ni en la memoria. Entonces me vino la neura de que me había envenenado por acumulación de metales pesados. Tenía sentido, comía mucho atún, los mares contaminados, el mercurio y todo eso... Mantuve la teoría un tiempo, e incluso barajé ir al médico y pedirle que me hiciera una quelación para limpiarme la sangre, pero era absurdo. Todo eran teorías ridículas.

Los días pasaban y yo me encontraba bien. Mi vida era igual que antes, solo que mi percepción del mundo había cambiado. Todo estaba nimbado ahora por una pléyade infinita de detalles, por un halo que representaba la «*sacralidad de lo mundano*». Y, poco a poco, me fui convenciendo de que no estaba enfermo, de que de alguna manera tenía la oportunidad de ser espectador de algo que se me había escondido durante toda la vida. Algo que jamás me hubiera imaginado que me estaba perdiendo, pese a estar flotando a un milímetro de mí todo el tiempo. Simplemente porque no sabía ni siquiera que existía. En aquel instante me vinieron a la cabeza las palabras de Meursault en la celda, cuando me dijo que un hombre que hubiera vivido un solo día de su vida plenamente, podría pasarse el resto de ella recordando los detalles de ese día. Comenzaba a entender a qué se refería.

Volví en mí y miré hacia la pila de libros que había en la mesita junto a la poltrona. Recorrí el lomo de varios de

ellos hasta que llegué al más grueso. Era un diccionario. Lo saqué y me quedé mirándolo fijamente. Aquí están todos los libros del mundo, pensé, y también todas las palabras para escribir todos los que faltan. No Dominik, no tienes excusa, si no lo consigues será porque no vales para ello. Era cierto. Sabía que si no conseguía escribir algo que mereciera la pena sólo dependería de mí, pero que no se me escondía nada. No había palabras secretas, ni formas de unirlas para crear algo nuevo que no pudiera aprender leyendo a otros. Luego se trataba sólo de sentarse y ordenar palabras, como se ensartan las perlas en un sartal. Primero una, luego otra y así todo el tiempo... Lo que más me preocupaba era encontrar una forma fiel de hacerlo donde no me defraudara, no dejara que se me escapara nada de la esencia de lo que estaba viviendo, ni me censurara a mí mismo. Engañar a los demás es fácil, pero engañarse a uno mismo no lo es y, además, tiene un desenlace amargo como escupir hacia el cielo.

Escribir el libro era para mí un fluir de energía continuado. Cada día me quitara algo de vida para dárselo al libro. Con el tiempo la iba recuperando, pero en el momento quedaba completamente exhausto. En cierta manera, sentía que era algo parecido a lo que hace una madre cuando alimenta a través de su misma sangre al bebé que crece en sus entrañas.

Miré el teclado del ordenador y vi que algunas de las teclas tenían las letras borradas. Debe ser que en ocasiones escribo con sevicia, como si quisiera transmitir a las palabras la fuerza con la que castigo el teclado. En verdad que así me gustaría hacer. Contar y herir al mismo tiempo, como quien graba en la corteza del árbol un nombre a punta de navaja. Me lo estaba jugando todo a una carta y lo sabía. Creo que hay algunos oficios para los que tienes que estar

señalado por los dioses antes de nacer, aunque no sé si el de escritor es uno de ellos. Tres son los oficios que me hubiera gustado ser y que, ahora, ya sólo se me perfilaban como sueños lejanos. El primero, un pianista eximio, de los que toca las teclas del piano como quien acaricia las costillas de la mujer que desea; el segundo, un bailador profesional de tango, de los de cintura de avispa y sombrero gacho fedora, con una compañera que se dejara llevar como la cometa que vuela el niño; y el tercero, «cantaor», «cantaor flamenco», uno de esos que se desgarran el alma cantando a pulmón herido sus ducas¹, y hacen que su voz se clave en el pecho de quien escucha como si fuera un estilete bien afilado. No sé, lo del flamenco una vez se lo intenté explicar a alguien, pero, es como el sexo, si necesitas que te lo expliquen pierde su gracia.

Con el paso de los días, había descubierto que me había echado a nadar en el piélago de la escritura sin mirar antes cuánto cubría. Muchas semanas se habían tornado en auténticas pesadillas, cuando veía pasar los días y aquello no avanzaba. Tal era la sensación de desesperación que, en los malos momentos en los que no me salían las palabras, hubiera vendido mi alma una y mil veces por encontrar aquellas exactas que me permitieran poder terminar una frase, dar fluidez a un diálogo que se había estancado, o dar un giro al capítulo y hacer que terminara al mismo nivel que los anteriores. El alma hubiera vendido sí..., pero no la mano. Perder el alma no duele tanto como perder la mano. Lo del alma es un pago aplazado, pero que te corten la mano es un pago al contado. Tampoco hacía falta pedir tanto.

1 Penas o lamentaciones en argot flamenco. (N. del E.)

El viaje había sido pesado para mí. Cada vez llevaba peor lo de tener que asistir a alguno de los saraos que montaba la editorial. La gente venía a hablarme y yo intentaba poner mi mejor cara, pero, en el fondo, sólo pensaba en volver al hotel y ponerme una copa. Cuando por fin conseguía escabullirme de aquella barahúnda, sentía la misma sensación de calma que cuando se apaga el extractor de humo de la cocina.

Sin levantarme de la poltrona, eché la mano al interruptor de la lámpara y una luz cálida invadió la estancia. Era una vieja lámpara con una vieja bombilla de filamento. Sabía que no podría reponerla por otra igual, porque todas las bombillas que vendían ahora eran de tipo led y que, tarde o temprano, tendría que acostumbrarme a un nuevo tipo de luz que bañaría la estancia con otros colores. Eso me desagradaba. Bukowski decía que son las pequeñas desgracias las que acaban llevándonos a la ruina, pero yo sabía que no hacía falta tanto. En realidad son los pequeños cambios los que acaban volviendo locas a las personas. Un color distinto en la luz del salón, un sofá cambiado de sitio, los cubiertos movidos a otro cajón de la cocina. Y es que el fuego da luz, pero la luz no siempre da fuego. La luz antes quemaba, daban calor los filamentos. Ahora sólo hay luz fría, leds y todo eso. No sé, es como que no me da confianza el asunto.

De repente, una polilla comenzó a dar golpes contra la ventana, frenética. Parecía quisiera deshacerse contra el cristal. Y, por primera vez en mi vida, tuve la sensación de que la polilla no venía atraída a la luz, sino que estaba huyendo de algo que quedaba al otro lado de la ventana. Un escalofrío me recorrió la espalda hasta la nuca, como si una escolopendra se moviera libremente bajo mi ropa.

Cuando la tormenta cesó del todo, los grillos comenzaron a rasgar la noche y, entonces, pensé que en otro lugar de la ciudad, a kilómetros de aquí, alguien también se asomaba a su ventana y quedaba rodeado por el mismo sonido de los élitros que yo oía. Que sólo existía un único sonido de grillos y que era compartido por todos los que nos asomábamos a las ventanas en la madrugada, desde cualquier lugar del mundo. Hacía muchos meses que no veía las estrellas y esa noche no era la excepción. La luz fría de las farolas rebotaba en la capa de niebla y gases que envolvía la ciudad, y creaba una bóveda brumosa que las escondía.

Un gecko me hacía compañía en el techo de la galería junto al plafón. Si hago memoria, me doy cuenta de que siempre ha habido algún gecko acompañándome en mis noches de insomnio en cada una de las casas en las que he vivido. Ha sido como mi mascota de madrugada. Una mascota sin nombre, siempre distinta, pero siempre la misma. Silente y esquiva, pero fiel al arrullo de mi luz en la noche cerrada. Aquí estaba una vez más, con su piel hialina casi transparente, ahita de polillas que tragaba con movimientos violentos y fugaces.

Aquella noche la luna brillaba tímidamente. Era un fulgor apagado y lánguido, propio del espejo empañado que queda tras una ducha con agua caliente. Entonces la vi. Era una estrella más grande de lo habitual, una estrella que refulgía mucho más que las otras. Comencé a mirar el objeto titilante que se hacía cada vez más y más brillante, cada vez más y más grande, pero en el último instante viró, y vi las luces rojas que parpadeaban. Eso me desilusionó. No tanto por la banalidad de lo obvio, sino porque pensaba que estaba ante la grandeza de algo único: un cometa que atraviesa el cielo, un meteorito que se dirige a la tierra, un ovni que hace un reconocimiento...

Sonó el teléfono, pero Dominik Gothier estaba demasiado ocupado mirando un punto inconcreto del espacio como para atender a nadie. En realidad, no estaba en esa habitación donde el teléfono no paraba de sonar, sino a millones de kilómetros de allí viajando a través del espacio sidéreo donde el sonido no puede propagarse. Andaba recorriendo los meandros de la memoria, donde los recuerdos aparecen y desaparecen caprichosos como médanos en el desierto. Dunas que, transportadas por el aire, aparecerían cualquier otro día, en cualquier otro lugar, cuando ya las creyera olvidadas. Era verdad. Me podía pasar la mitad del día mirando a una pared, porque, de hecho, no estaba mirando hacia afuera, sino que lo hacía hacia adentro. Luego intentaba escribirlo, pero la cabeza me daba demasiadas vueltas y plasmar lo que por ella pasaba era como correr tras el viento. Los pensamientos se agolpaban unos contra los otros, como resmas de papel lanzadas desordenadas contra el escritorio.

Vivir en un ático tenía sus riesgos. Siempre que me asomaba al balcón tenía el instinto de lanzarme al vacío. No es que quisiera matarme, simplemente era como si me dijera a mí mismo: «La gravedad no va contigo Dominik, la has vencido, puedes volar». Otras veces, me asaltaba la misma sensación cuando iba por la carretera conduciendo durante la noche de vuelta a casa. Sentía que tenía que apagar las luces del coche por un momento. Así que agarraba el volante con fuerza y movía el interruptor de las luces. Por unos segundos iba a cien kilómetros por hora, completamente a oscuras, como atraído por un agujero negro a través del espacio. Las encendía enseguida, claro, pero esa sensación de vértigo ante lo desconocido, me acompañaba hasta llegar a casa. Cuando

uno está solo, hace muchas cosas que jamás haría en compañía porque lo tomarían por loco. Al final del día nadie lo confiesa, claro, pero la vida de las personas está llena de ellos.

El paso de los coches por la autopista, a lo lejos, me recordaba el ruido del mar por la noche cuando la costa duerme. Ese rumor, lejano y constante, del paso de las ruedas sobre el asfalto es como las olas que van a morir a la playa. Nunca se detiene. Si te paras a escuchar atentamente durante la noche, te das cuenta de que el mundo tiene siempre un sonido de fondo. Es como si respirara. De hecho, si nos ponemos una caracola en el oído, el sonido que escuchamos es, simplemente, el sonido del mundo amplificado. Siempre pensé que esa especie de arrullo del mar no es sino la lengua ingénita de la Tierra que nos dice: «Cuando tú ya no estés aquí las olas seguirán chocando contra las rocas y, entonces, también habrá alguien aquí que no serás tú, escuchándolas». De joven había tenido la sensación equivocada y pueril, de que uno es imprescindible para el mundo. Quería creer que cuando yo ya no estuviera aquí, las estrellas se apagarían, que el mar se secaría, que la tierra se abriría por la mitad... Ahora sabía que sólo somos una cereza que cae del árbol, una nube que desaparece tras la lluvia, una cucharada de azúcar que se disuelve lentamente en el café. El sol no se va, quienes nos vamos somos nosotros. *Sic transit gloria mundi.*²

Debían de ser como las tres de la mañana. Encendí un cigarrillo. Miré los edificios que estaban en frente de mi casa e hice un cálculo rápido. Sólo cuatro estancias de unas ochenta que conté tenían la luz encendida. El mundo se regía bajo el

2 Así pasa la gloria del mundo. (N. del E.)

escandio indolente del sol. Mientras cerraba las puertas del balcón, vi que las farolas se espejaban en los charcos que la lluvia había dejado por toda la calle. Tal vez les gustara mirarse para asegurarse de que seguían luciendo; de que aún seguían vivas.

Me tomé una benzo y me metí en la cama. No quería saber nada más del mundo por hoy. Había temporadas de insomnio en que no me importaba tener buenos o malos sueños con tal de recordarlos. Me aferraba a cualquier cosa que fuera exclusiva del mundo onírico, porque los sueños eran lo único que me hacía saber que realmente había dormido. La mayoría de las noches se deshacían en un duermevela, que me mantenía en la delgada línea que separa el sueño de la vigilia sin llegar a atravesarla. En la vida hay cosas que sí se pueden hacer rápido, como andar, comer o leer. Pero no se puede dormir rápido. Sólo podemos dormir más o menos horas, eso es todo. Hay días en que ocho horas, limpias y sin sueños, parecen veinte minutos porque no los recordamos. Y otras, en las que una hora de bruma de imágenes parece un viaje eterno a través de una ciénaga, de la que no conseguimos salir, ni siquiera al tiempo de haber despertado.

Llevaba semanas haciendo una purga de sueños, que no de sueño. Estaba pagando mis tribulaciones con sueños goteados, oscuros y violentos. Un día me desperté pensando qué sería, suicidio u homicidio, si llegara a matarme a mí mismo en un sueño. De hecho, nunca he sabido si quien dirige mis sueños es alguien distinto de mí o soy yo mismo. ¿Y si la conciencia que habita dentro de mí no fuera yo? ¿Y si fuera otro ser quien convive conmigo? ¿Quién controla mi pensamiento? ¿Quién me hace estar bien o estar mal? ¿Quién es esa voz interna que vive dentro de mí? ¿Quién eres tú escorpión

que das vueltas en mi cabeza y me aguijoneas? ¿Qué quieres de mí?

Entonces oí un ruido como de canicas que caían y rebotaban en el piso de arriba. Pero eso era imposible, yo vivía en el ático y no había ningún otro piso encima del mío. En ese momento noté que la pastilla comenzaba a arrastrarme al mundo de las brumas, a un mundo algodonoso y amable alejado de las aristas cortantes de los pensamientos de la vigilia. No me resistí. Me puse de lado con la mano debajo de la almohada y me dejé llevar.

SUEÑO I

Hay una serpiente con escamas de rubí que brillan a la luz del fuego, como las mismas brasas del infierno. Se pasea entre las urnas de cenizas de un columbario y de sus colmillos, afilados como leznas, trasudan pequeñas gotas de veneno. Arqueada sobre sí misma me mira con unos ojos que son dos ascuas encendidas. Dos puntos de fuego que reflejan al mismo tiempo amenaza y temor. Finalmente, se abalanza sobre mí y se clava en mi brazo desnudo. Aterrado, echo la mano a su cabeza y la retuerzo lo más fuerte que puedo para romperle el cuello. Entonces estalla y se deshace en mil cristales carmesís que, al caer al suelo, reflejan, por un instante, mi rostro.

